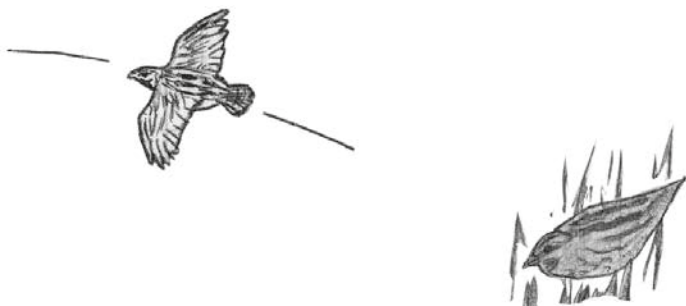


A CORRER LAS PERDICES... Y LAS COGORNICES



La toponimia es una valiosa fuente de información para interpretar la evolución del paisaje. Constituye una memoria del medio natural, una representación de sus rasgos más singulares o de alguno de sus usos productivos a lo largo del tiempo. Aproximarse a los nombres de una comarca y sus parajes supone, de algún modo, transitar por la morfología y la historia de ese lugar; pero también, y de ahí su gran valor, por los símbolos y códigos que sus pobladores construyeron durante siglos en su relación con el entorno. Esas denominaciones tienen un innegable poso cultural y etnográfico y contienen, además, una valiosa información que hoy, siglos después, nos permite conocer la singularidad de cada territorio y, allí donde son insuficientes las fuentes escritas, interpretar ciertos rasgos relevantes sobre la historia del lugar.

—
Eduardo Vielba

De alimañas a especies protegidas

Con la canícula, hacia finales de julio, llegaba el tiempo de la cosecha por estas tierras cerealistas, principalmente de centeno, trigo, cebada y algo de avena.

Mucho han cambiado las cosas desde que yo era niño, por entonces aún se cortaba el cereal con las segadoras mecánicas de aspas tiradas por bueyes o mulos. Fue a mediados de los años setenta cuando comenzaron a llegar las primeras cosechadoras al pueblo, lo que supuso una revolución agraria, aunque también en otros sentidos, que en unos pocos años cambió no solo el modo de trabajar y la calidad de vida de los labradores, sino también el paisaje y una forma de manejo y de relación con la tierra que había permanecido prácticamente inmutable durante siglos. Es evidente que este cambio en la manera de cosechar el cereal constituyó también un duro golpe para las aves propias de estos medios, como las perdices y codornices, los aguiluchos, las *colloronas*, *cocotonas* y *corresenderos*⁽¹⁾, las gangas y *chorlas*⁽²⁾ o los sisones, que se vieron muy afectadas, pereciendo muchas de ellas devoradas por las aspas de estos monstruos mecánicos. Si a esto le añadimos la generalización en el uso de fertilizantes y pesticidas, las concentraciones parcelarias y la eliminación de la vegetación de arroyos y linderos, podemos entender la situación crítica por la que pasan en la actualidad algunas de estas especies tan ligadas a los cultivos de secano.

Aquellas primeras cosechadoras me fascinaban, como la John Deere verde de Frailito el de Santervás o la Fahr de color rojo de mi tío Manín. En cuanto las oía cerca del pueblo o cruzaban por la plaza con el peine recogido atrás, acudía raudo allá donde fuesen a faenar, a las tie-

(1) *Corresenderos*: terreras comunes (*Calandrella brachydactyla*), aves de hábitos terrestres que se desplazan rápidamente por el suelo de un lugar a otro.

(2) *Chorlas*: nombre vernáculo, bastante extendido, aplicado a la ganga ortega (*Pterocles orientalis*), aves típicas de zonas áridas.

rras de Bretos, por Elegidro, Las Parcelas, Villarrilda, la zona de Gromaz y La Nava, e incluso hasta Ontablada me iba, sólo por ver cómo cosechaban los campos. Mi sueño era subirme a la cabina de una de ellas, pero nunca lo vi cumplido. Me quedaba ensimismado mirando cómo peinaban, nunca mejor dicho, las parcelas, *comiéndose* las cañas del cereal, que salían luego por la parte de atrás transformadas ya en paja, que iba quedando alineada sobre la tierra, formando los tornos. Y cuando se llenaba de grano la tolva, la cosechadora se acercaba a donde estuviese el tractor del dueño de la finca para descargar el fruto de la cosecha en el remolque. Ese momento para mí era especial y nunca me lo quería perder, ver cómo el grano caía en abundancia a través de un saco de tela colocado en el extremo del brazo sinfín de la cosechadora para ir rellenando el interior de la *galera*⁽³⁾.

Me gustaban tanto estos aparatos que de niño jugaba en el leñero que teníamos detrás de casa, poniendo unos trapos a modo de asiento y con un palo de escoba unido a un saco simulaba el brazo mecánico, mientras que un bote cilíndrico vacío de detergente Dixan hacían las veces del peine. La verdad es que los montones de leña daban mucho juego para un niño de pueblo de los de entonces; recuerdo haber llegado a construir incluso una nave espacial con la que recorría los confines del Universo, emulando a los héroes galácticos de las películas y series de ciencia ficción de la época, como *Espacio 1999* o *Proyecto UFO*.

Pero no solo era el gusto por verlas trabajar lo que nos atraía a mí y a otros *chiguitos* cuando acudíamos a ver las co-

(3) *Galera*: carruaje de cuatro ruedas que se engancha a los animales o bien remolque del tractor.

sechadoras. De vez en cuando salía algún pollo de codorniz y lo perseguíamos a la carrera, pues a menudo no volaban bien y con un poco de suerte era posible coger alguno.

En verano, aunque aún no estuviesen cosechando, los chicos del pueblo acudíamos a veces a las tierras en busca de pollos de perdiz o de codorniz. Siendo muy pequeño, recuerdo haber acompañado en una calurosa mañana del mes de agosto a mi hermano Juanjo y su amigo Juan Manuel por la zona de La Cuesta el Manzano y La Mata Montera, recorriendo los trigales y centenos en busca de algún pájaro. Habíamos salido algo tarde e íbamos cruzando una tierra con el cereal todavía sin cosechar, muy alto, al menos a mí me cubría entero, discurriendo unos detrás de los otros para evitar abrir más de una vía en el trigal y no tumbar demasiadas cañas. De repente, una especie de explosión violenta, acompañada de un revuelo de algo que se expandió en varias direcciones alrededor de nosotros, nos puso de inmediato en acción.

—¡Ahí están! ¡ahí están!... ¡Corred a por ellas! —avisó Juan Manuel, que es quien iba delante y el primero que se percató de la causa del estruendo.

—Pero ¿qué son? —pregunté yo un poco inocentemente.

—¡Un bando de *cogornices*! ⁽⁴⁾ —me contestó mi hermano—. ¡Corre a ver si cogemos algún pollo!

Salimos corriendo cada uno en una dirección, en mi caso sin saber hacia dónde iba, pues no veía absoluta-

(4) *Cogornices*: vulgarismo, bastante extendido, referido a la codorniz común (*Coturnix coturnix*), una de las aves de caza más típicas de Villapún, otrora más abundante y en la actualidad en franco declive, debido a las transformaciones del campo y las nuevas prácticas agrícolas.

mente nada entre las cañas de trigo. Tras una infructuosa carrera salimos de la tierra y nos sentamos a la sombra de un roble para descansar, extenuados y sudorosos por el esfuerzo realizado. Juan Manuel se ponía rojo como un tomate y *aneaba* con la boca entreabierta, al tiempo que lamentaba nuestra suerte:

—¡Maldita sea!... he estado a punto de coger uno, me salió de los pies y casi le engancho con la mano.

Fueron estos campos siempre muy querenciosos para las codornices. No *madrugan* mucho estas aves en su regreso primaveral hacia estos pagos después de su estancia africana, pero durante el mes de mayo la mayoría ya están ocupando sus territorios. Es cuando, por la zona de La Nava y de La Vega, por Las Parcelas Nuevas, por El Valle, por Lagún del Bravo, por El Quiñón, por Bretos o por cualquier terreno cultivado del pueblo, se oye el insistente *cás-ca-le... cá-s-ca-le...* que emiten los machos, proclamando a los cuatro vientos su disponibilidad para la cría. Es otro de los sonidos típicos de la primavera por los campos de Villapún, que augura una buena producción de pollos de codorniz para los próximos meses.

Mi padre, además de pescador, también fue cazador desde muy joven y en casa siempre tuvimos algún perro. Con todos ellos pasó muy buenos ratos cazando y haciendo ejercicio al aire libre; puede que de ahí me venga a mí algo de mi afición por la naturaleza y las cosas del campo, a pesar de que nunca me gustó la caza. Bueno, a decir verdad, de pequeños a veces salíamos con mi padre y recogíamos las carcasas de los cartuchos cuando disparaba para luego jugar con ellos, ya que nos fascinaba la multitud de colores y el olor a pólvora que desprendían.

Llegada la Virgen de agosto se abría *la media veda*, pudiéndose cazar la codorniz y la paloma. Mi padre salía muy temprano, con *la fresca*, solo o con alguno de los de su cuadrilla —Ampelio, Antonino o Sulpi— y a media mañana regresaba a casa con una enorme piña de codornices, que en los buenos tiempos de los setenta y primeros ochenta podía rondar varias decenas de piezas abatidas. Por la tarde, después de la siesta, salía otro rato y traía otras tantas. Esto para mí y para mis hermanos no era ninguna alegría, pues ya sabíamos que luego nos tocaba pelar las aves para que mi madre hiciese sabrosos guisos o las reservase escabechadas para más adelante. ¡La de codornices que habré llegado a pelar en aquellos tiempos! Salía con una silla a la sombra del olmo de en frente de casa y a quitar plumas. Aún recuerdo el tacto grasiento que tenían las plumas tras haber pelado unas cuantas aves, aunque lo peor era cuando había que desplumar algunas un poco más machacadas por los perdigones, pues pringaban de sangre y luego las plumas se pegaban a los dedos.

Más adelante, por el Pilar, se abría *la general* y mi padre salía con el perro a ver si cazaba alguna *rabona*, pues las perdices nunca fueron lo suyo. Y es que las patirrojas de estos pagos son muy bravas y no había muchos cazadores, quizás Miguel y pocos más, con buenas piernas dispuestos a seguirlas media mañana por lomas, laderas y navas para a lo mejor no lograr una sola pieza en toda la jornada. Son aves preciosas, con sus tonos pardos, su carita blanquinegra como de payaso y el intenso color rojo de sus patas y pico. Y su forma de apeonar a la carrera, que tiene algo de aristocrático, con el cuello estirado como si nunca perdiesen la compostura y como si alzar el vuelo fuese para ellas una indignidad.

Pero había quien sí estaba dispuesto a batirse a la carrera con estas aves. La parte de atrás de la casa de Nereo, el abuelo del Cigu, eran unos corrales en los que ya no se encerraban ovejas, pero aún criaba conejos y gallinas y sobraba suficiente espacio en los jaulones que nosotros aprovechábamos cuando traíamos animales del campo. Un verano Jule y el Cigu decidieron ampliar el *zoológico* con palomas, codornices y algún que otro pollo de perdiz. Y había que ir a cogerlas. En agosto ya se veían polladas de perdiz guiadas por un adulto con todos los perdigones detrás. Nosotros salíamos por la zona de La Nava, por El Paramillo, Elegidro o por las laderas del Calvario en busca del bando, pero se defendían muy bien correteando toda la pollada y con vuelos no muy largos conseguían escaparse una y otra vez. Creo que solo fui la primera vez con ellos. Alcanzar a la carrera a las perdices se me antojaba imposible, nos movían de acá para allá mareándonos y acabábamos agotados, pero Jule tenía un plan.

—Hay que ir a buscarlas a las horas de más calor, para que se cansen antes y así pillamos algún pollo.

—Pero ¿qué dices? Si yo estoy hoy reventado, ahora que corre algo de fresco, ni me quiero imaginar con más calor... —le contesté sudoroso y agotado por el esfuerzo.

—No me seas nenaza, es la única forma de cogerlas. Mañana salimos justo después de comer —insistía Jule, intentando convencerme.

—Conmigo no cuentes, me reviento solo de pensarlo, total por un pollo de perdiz... —le dije yo.

—Yo sí voy, tenemos que coger por lo menos un pollo —contestó el Cigu, animoso.

Al día siguiente, y en los sucesivos, el Cigu era el único que le acompañaba y que era lo suficientemente fibroso

para seguir el ritmo de Jule. Y para colmo, Jule vestía, a pleno sol de agosto, un viejo abrigo de paño de color verde oscuro con el que recorría las tierras tras las perdices porque decía que le camuflaba muy bien y que «lo que quita frío quita calor». La estampa era surrealista, corriendo con aquel abrigo en pleno verano y a las horas de más calor. Y sí, contra todo pronóstico, llegaron a coger algún polluelo de perdiz en aquellos calurosos días.

Por cierto, que no fueron ellos quienes inventaron este *deporte*, pues se viene practicando desde siempre por estas tierras castellanas y es sabido que el mítico campeón de atletismo Mariano Haro, natural de Becerril, se entrenaba de joven corriendo las perdices por terrenos de su Tierra de Campos.

Pero es que además a Jule y al Cigu se les antojó poner un palomar, con el inconveniente, no menor, de que no tenían palomas. ¿Y cómo conseguir unas pocas palomas para iniciar la cría? Jule tenía soluciones para todo, nada se le ponía por delante. Por entonces él estudiaba en Santander, alojado en casa de su abuela, mientras que sus padres y hermanos ya se habían trasladado a vivir a Zamora. Y Jule se había percatado de que en algunas plazas de la ciudad había palomas, muchas palomas, palomas en exceso, y además muy confiadas cuando alguien las tiraba unas migas de pan. Y allá que se fue él, embaucando a su primo Ramirín como cómplice y ataviado con el famoso abrigo verde. Aquello debió ser digno de haberse visto. El uno tirando migas, mientras el otro se abalanzaba sobre las palomas a la caza y captura. Cuando pillaba una, la metía por dentro del abrigo... y a por otra. Me imagino el revuelo de aves y la cara de los transeúntes que los viesen. Así consiguió unas pocas palomas que luego llevó a

Villapún. Su tío Ismael, que también vivía en Santander y que siempre tuvo mucha retranca, le tomaba el pelo y le picaba cuando coincidían en la casa del pueblo:

—¿De dónde has sacado las palomas, *Julepe*?... ya verás cuando se lo diga a Hormaechea —le decía, haciendo referencia al alcalde que por entonces regía la ciudad de Santander, lo cual provocaba la risa colectiva de todos sus primos y tíos.

De esa manera el palomar empezó a crecer y a Jule se le ocurrió que podía usar algún pichón para un viejo sueño que él tenía. Desde muy pequeño se había interesado por la caza con aves y llegó a hacerse con el famoso libro de cetrería de Félix Rodríguez de la Fuente, en el que se empapó de cómo cazar un halcón. Me llegó a dejar aquel libro, que leí con avidez y quedé impresionado, más que por las descripciones del arte cetrero, por la maravillosa prosa de Félix narrando sus historias con azores y halcones. Pero a lo que iba, una Semana Santa a Jule se le antojó coger un halcón, pues habíamos visto que uno rondaba de vez en cuando entre El Brezal y El Paramillo y las laderas de La Mata Montera. A mí la idea no me hacía mucha gracia, pues era consciente de la ilegalidad de la captura y la escasez de estas aves, pero, como siempre, cuando a Jule se le metía algo en la cabeza no había razones que valiesen. Así que cogió una paloma y la cortó unas cuantas plumas de las alas para que no saliese volando. Luego la rodeó con hilo de nailon de pescar y la llevamos al sitio donde habíamos visto al halcón en una zona despejada del brezal, colocando la paloma atada sobre una rama no muy alta de un arbolillo para que se la viese bien desde arriba. Además, la paloma tenía una cuerda larga atada a una pata que llegaba hasta donde

nos escondíamos nosotros, para si aparecía el halcón hacerla moverse para llamar su atención. Era una mañana fría y ventosa y nos pasamos horas y horas escondidos en una pequeña mata de roble, sin que pasase ninguna rapaz. Luego por la tarde volvimos y al rato apareció el halcón, pero haciendo caso omiso a nuestra paloma. Yo me constipé y no quise regresar al día siguiente, ya había tenido bastante, pero Jule volvió a intentarlo con el Cigu, llegando a ver al halcón en un par de ocasiones más, pero también sin éxito.

Así que Jule se desengañó y dejó de lado la idea del halcón, pero no la de criar rapaces. Ese mismo año, a finales de primavera su tío Eutimio llevó a casa dos pollos ya plumados de ratonero que había cogido de un nido en El Quiñón, al lado de la laguna de La Ontona. Como Jule ya estaba de vacaciones para todo el verano, se hizo cargo de ellos, criándolos en el patio de la casa, donde se movían prácticamente libres. Los alimentaba con vísceras de pollo y de los numerosos pajarillos muertos que de nuevo nos tocó ir a buscar en largas rutas en bici por las carreteras de la comarca. Jule les dedicó mucho tiempo y cuando aprendieron a volar salían libremente; consiguió que acudieran al patio a comer llamándoles con un silbido que imitaba el reclamo de estas aves. Era muy curioso verlos planear por encima muy alto y, ante los silbidos de Jule, descender hasta aterrizar en el patio donde les esperaba su ración de carne. Hacia finales del verano acudían cada vez menos al pueblo y se les veía sobrevolar por la zona de La Cuesta el Manzano y La Varga, por lo que nos convencimos de que habrían aprendido a valerse por sí solos.

Durante el tiempo de la cosecha de vez en cuando también los labradores daban con algún pollo y se los llevaban a casa, aunque muchas veces no sabían ni de qué eran. En cierta ocasión nos enteramos de que Modesto había cogido unos polluelos muy raros, que parecían como de perdiz, pero no lo eran. Por entonces Juancho, su hijo, aún no venía de manera habitual con nosotros, pero acudimos a su casa para pedirle que nos dejase ver los pollitos. Él al principio era reticente, pero al final accedió y nos dejó pasar al patio de su casa, donde tenía encerrados a los polluelos en un cajón grande de madera sin tapar, pues aún estaban en plumón y no volaban.

—Pues ahí los tenéis. Mi padre dice que parecen de perdiz, pero yo creo que son un poco grandes. A lo mejor son de *asisón*⁽⁵⁾ o de avutarda —comentó Juancho.

—Grandecitos sí que son —le respondí—, de perdiz seguro que no. Para mí que pueden ser de sisón.

La verdad es que eran preciosos, recordaban un poco a los de perdiz por los tonos abigarrados del plumaje, pero el iris del ojo clarito, las patas grisáceas y sobre todo unas líneas blanco crema en la cabeza hacían pensar en otra especie.

—Lo más seguro. De avutarda no son, no creo ni que críen por aquí —añadió Jule—. ¿Y dónde los habéis cogido?

—Pues, por Las Parcelas, más allá de La Era. Mi padre, cosechando una tierra que tenemos por allí; dice que salieron correteando cinco o seis y cogió estos tres.

—¿Y qué vas a hacer con ellos? —se interesó Jule, con la esperanza de hacerse con alguno.

(5) *Asisón*: variante de sisón común (*Tetrax tetrax*), especie mucho más frecuente antes por esta zona y actualmente bastante rara. El nombre deriva del típico siseo que produce al volar.

—Les voy a dar de comer grano y zapateros a ver si se crían y mi tío Santiago dice que se los quiere llevar a su parcela.

Nuestro gozo en un pozo. No sé qué pasaría al final con los polluelos, pero desde ese día Juancho se unió a nuestra pandilla y empezó a acompañarnos en las correñas por el campo.

Otro año, a mediados de julio, Mari, uno de los hermanos de Toñi, cuando iba con las ovejas encontró por El Brezal, no muy lejos del pueblo, un nido en el suelo con dos huevos grandes de color verde oliváceo con algunas motas y le dijo a Jule que había visto un nido de *asisón*. Así que al día siguiente fuimos a buscarlo, lo cual no fue nada fácil, pues la hembra incubando encima se camuflaba a la perfección y solo salió volando cuando prácticamente estábamos encima de ella. Había ya tres huevos sobre el suelo herbáceo desnudo, encima de una simple depresión. Esto nos indicaba que la hembra aún estaba poniendo, por lo que la dejamos tranquila y no volvimos a pasar por allí hasta tres semanas después, comprobando que solo quedaban los cascarones vacíos y, aunque no vimos a los polluelos, nos fuimos con la satisfacción de que probablemente no estuviesen muy lejos.